

Los Libros

NAUFRAGIO, por *Juan Marín*

Un filósofo español contemporáneo, después de numerosas cavilaciones e investigaciones de tipo geográfico sobre la novela, dedujo que todos los argumentos posibles ya estaban agotados. Si no le hubiese dado a su estudio otro alcance e importancia que el de una simple estadística de tipo saxo-americano, para ilustrar a los lectores medianamente cultos, de una gran revista, nada tendríamos que objetarle. Pero fué más lejos. Casi dedujo la decadencia de este género literario.

Han pasado ya algunos años y cada día surgen nuevas e intensas novelas. Nadie ha averiguado su argumento. Y a pesar que la vida misma es un todo intenso e indisoluble, ha sido y sigue siendo disociado, en «emocionadas» y renovadas formas, por numerosos novelistas que nos han cogido plenamente. La sola emoción; a veces, lo simplemente primario, ha servido y sirve de base para un trabajo extenso y apasionado.

En oportunidades diversas se ha utilizado únicamente el medio y entonces se ha personificado todo un acervo psicológico en un elemento, una modalidad terrestre: La Selva, el Caucho, o simplemente: El Mar. Los hombres sólo aparecen en función secundaria. Puntos de referencia para conocer el tamaño aproximado de un monumento.

En el caso de la novela nuestra y de uno de nuestros más notables novelistas, Juan Marín, a través de sus magníficas novelas «Paralelo 53, Sur» y «Naufragio», nos sitúa en dos en-

tidades que llamaríamos fundamentales: Una, de esos elementos cósmicos que nuevamente los personifica: El Mar; y otra, un copioso estudio del ánimo primaria, una radiografía intensa del inconsciente, del subsuelo psíquico de los hombres que actúan, particularmente en su última narración.

Juan Marín, en *Naufragio*, antes de conducirnos al Mar, los hombres y las cosas del velero «Birkdale», por antítesis, nos coloca en una provisoria antesala y nos interpreta la tierra en función de la psicología de los hombres que continuamente navegan el subsuelo: Los mineros. Su interpretación es exacta, aguda, tal vez diríamos con más propiedad, inspirada. Por boca del personaje principal del relato para el caso que nos ocupa, dice:

«...Se comprende así fácilmente la trágica y rebelde textura espiritual de los mineros. Pertencen a otro mundo, al de las tinieblas, y cuando asoman a la superficie, los ruidos, la luz demasiado fuerte, la proximidad de los seres humanos los irritan, chocan con ellos. Todos sus sentidos están hiperestesiados. Por eso son revolucionarios, terroristas, propician la acción directa. Y por eso son heroicos. Quisieran un mundo silencioso, guateado, en penumbra. Y ese mundo no es otro que el de la Muerte». Al leer estas líneas, ¿quién de nosotros no asiste con el corazón y los ojos a la epopeya única de los grandes y como grandes, generosos mineros asturianos, en defensa de la única España que provisoriamente, después de tres años de guerra, Francia, Inglaterra, Alemania e Italia lograron acorrular y destruir?

Después, con maestría indudable nos coge el relato de una continuidad de navegación—en efecto, describe una travesía del océano—hasta su fin inusitado, el naufragio. Pero aquí comienza la plenitud de esta breve novela. Si lo descriptivo, incluyendo el enlace y manejo de varios idiomas y agregando el vocabulario náutico que condiciona al relato, está realizado con toda plenitud, su trascendencia fundamental, comienza en

este mismo instante: El naufragio y la tentativa de uno de los tripulantes de interpretar el mar. Un inglés taciturno y severo, el marinero Harry Smith, en una ambigua calidad de poeta, nauta y amaute, asume este híbrido cargo. Dice:

«—¡The sea!—repitió con los puños cerrados, en esa actitud de boxeador con la «guardia abierta», como dicen los técnicos.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? El mar donde pasamos días y noches sin fin... El baña todo lo largo las costas de tu país, ¡devil country!... ¡by God! Desde las playas muertas del norte, hasta las maravillosas de Chiloé. ¡Oh! y estas otras también, seguro que sí. Ese mar alimenta a todos los hombres de tu raza, y también a los de la mía. ¿No somos acaso hermanos?

—¡El mar! ¡El mar! repetí como un eco.

Había tal vez una gran fuerza hipnótica en las palabras del hombre enloquecido o bien mi mente estaba ya muy débil, porque yo entré de inmediato dentro de su mismo clima de locura. Y de otra manera, ¿cómo explicarse que todavía las recuerde una por una, como si las acabase de oír?

Yo quiero escribir el gran romance de todos los mares—siguió diciendo Smith—. ¡The greatest poem! Yo quiero ser el poeta de tu mar chileno. ¡The Chilean sea! He nacido en un pueblo de marineros y pescadores, igual que tú. Mi madre me dió a luz una noche en que el mar alumbró también. También dió a luz: el cadáver de mi padre, con los ojos comidos por los pájaros. ¡Yo siento que en cada célula de mi cuerpo, en la última fibra de mis tejidos, flotan recuerdos submarinos: los pensamientos de mi madre. ¡Old souvenirs! por mí circulan ancestrales rutas líquidas con peces multicolores y caracoles sonores que cantan en mi corazón. Mi canto ha de apagar la voz de este mar y de todos los mares. Yo estuve en las Universidades: Oxford, Edimburg, ¿sabes? Yo nunca hablo como lo haces tú de las grandezas pasadas. ¡Life is life, and what else? Estudie Letras y Filosofía, pero el océano estaba en mí y nada más que

él. Fuí por eso hacia él, y desde hace veinticinco años voy sobre el monstruo dormido o sobre su crencha desmelenada en el huracán, buscando su enigma, su milenario secreto.

Hice ademán de hablar, pero él no me lo permitió.

—¿Para qué—dirás tú—What for? Para vencerlo, para batiirlo, para suplantarlo. La tierra no me interesa. Ella es sólida y mezquina. Es vida petrificada, porque en ella la forma está cristalizada. Como la sal, ¿entiendes? En el mar, no. En el mar todo es y no es. Todo fué y todo puede ser, como decía el viejo Longfellow. El mar es genio, genio creador. ¡Cómo el del artista, es grande en el momento mismo en que la forma va a hacer, en que la substancia va a modelarse! ¿Sabes que yo he escrito versos sobre el mar? ¡Qué bellos eran! How beautiful, mientras dormían en el fondo de mi conciencia creadora. Qué estupendos en los momentos que subían como diáfanas burbujas desde el arcano Inconsciente hasta las fronteras de la conciencia lúcida, informes como larvas, ciegos como niños recién nacidos. Parecían rostros muertos como el de Ofelia, flotando sobre las aguas. Pero una vez trasladados al papel, he aquí que esta belleza se esfumaba y ya no eran más que las momias arrugadas de bellas imágenes. Mi cuaderno es un cementerio de poemas, así como el Valle de los Reyes en Egipto es un cementerio de legítimas princesas y de auténticos faraones».

Naufragio es, sin lugar a dudas, una novela realizada con mano ajustada e intensidad permanentes. A través de todo su contenido se percibe una maestría acabada en el oficio de novelar. Sólo habríamos deseado que su acervo psicológico hubiese sido más abundante que el descriptivo; y, finalmente, que el prólogo fuera un epílogo.—ANTONIO DE UNDURRAGA.

